

Compre usted cada semana

TRÁS LA PANTALLA...

La colección literaria de cine, más original.
Cada semana aparece un cuaderno abundantemente
ilustrado y que se vende en todas partes al precio de

25 céntimos

C.D.E.S.-A.E.P.

PARA PEDIDOS A

Barcelona

EDITORIAL GARROFE

Unión, 19

Apartado de Correos núm. 356

BARCELONA

Imp. Garrofé.—Villarroel, 12 y 14.—Barcelona

LA NOVELA OBRERA



COLECCIÓN POPULAR

LA NOVELA OBRERA

Núm. 31

UN MÁRTIR

NOVELA

POR

J. EUSTE



008776

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Unión, 19

BARCELONA

ES PROPIEDAD
Los autores son respon-
sables de sus escritos.

REVISADO POR LA PREVA CENSURA

Imp. Garrofé. — Vllle rroel, 12 y 14. — Barcelona

C.D.R.S. - A.E.P.
Barcelona

Hay dos modos de mirar las cosas. Tan antigua es esta frase que parece coetánea del mismo Cronos, abuelo de la Humanidad. Si ahora la repetimos, es porque no cabe duda de que algo tiene de verdad. Cuando a través de los siglos ha logrado zafarse de la burla de los cínicos y del estudio de los viejos y sabios lechuzones filósofos, sin verse deformada, ampliada y tergiversada, algún mérito fundamental ha de tener, ¿no es cierto?

Como quiera que sea, parece indudable que la empresa interpretaba las cosas a su manera y que la versión de los trabajadores, como es natural, era diferente. Es posible que todos tuviesen razón, más o menos hasta cierto punto; y también, quizá, que todos estuviesen un tanto equivocados, por lo que por ahora nos interesa es la huelga en sí, y no los aspectos éticos de la contienda.

Desde aquel momento en que, al afirmarse el último riel, se transformó de sueño en realidad el paso ferroviario de las Montañas Rocosas, desde ese momento, hasta el mismo día de hoy, no hay mejor manera de describir a la Sección Serrana de esa línea que llamándola «de fierro». Para citar ejemplos y no andarnos por las ramas, diremos que la

historia de ese trozo de vía, esto es, la de los hombres aquellos que dieron su último aliento para que la línea fuese construída y la mantuvieron luego en servicio a costa de ingentes sacrificios, no está lejos de ser una muestra ampliamente típica del espíritu vibrante, dominador, tenaz, invenciblemente progresista de un Continente cuyos adelantos y crecimiento son la maravilla del mundo.

La Sección Serrana, sí, era «de hierro». Siempre lo fué y sigue siéndolo. Para ella la lucha es como la vida misma. Pelear es como respirar. Y Big Cloud, cede central de la Sección, cómodamente oculta entre las lomas de las estribaciones orientales, es más bárbara todavía que el resto de la línea. Allí se encuentran todas las nacionalidades del mundo: hay indios, delincuentes norteamericanos fugados de las grandes ciudades, uno que otro chino y una mezcla indescriptible de seres humanos procedentes de todos los rincones de Europa, y allí se codean con el «cokney» de Londres, el peón polaco, el sueco, el ruso y los jornaleros italianos de las cuadrillas de vías y obras y construcciones.

Tomándola, pues, en conjunto, la Sección Serrana, de uno a otro extremo de la línea, no era la comarca más tranquila ni más pacífica del mundo, aún antes de estallar el movimiento obrero. Cuando éste entró por las puertas, ¡pues no digo nada! No necesita usted sino hablar de la gran huelga en presencia de cualquiera de los «viejos», y ellos le hablarán con tal velocidad y energía, y tanto le dirán en el espacio de un minuto, que usted se pondrá a cavilar si no se habrán equivocado los biógrafos en las fechas y si no obtuvo Dante, en aquel trozo de vía de las Montañas Rocosas, los

datos para esa narración espeluznante que escribió hace años y que llamó «El Infierno». Pero, no importa. Vamos adelante.

Ya lo hemos dicho. Este relato se refiere a la huelga, no al aspecto ético de la misma. Existe todavía rencoir bastante para que no resulte muy agradable embanderarse del lado de los obreros o de la empresa, con todas sus feas consecuencias y enemistades. Pero, aparte de eso, éste no es un relato de la huelga, sino del sacrificio de un hombre, y cuando cae la noche, los muchachos lo cuentan en los oscurecidos galpones de máquinas, junto a los grandes pozos circulares, a la sombra de las enormes locomotoras de diez ruedas, mientras el vapor ronronea suavemente en las grandes válvulas, lanzando a veces abruptamente ruidos como sollozos.

También lo cuentan, al otro lado de la vía, en la estación central, o en los campamentos de vías y obras, a la vera de un puente; pero lo cuentan mejor, no sé porqué, en el galpón de máquinas, a pesar de que el héroe no perteneció al personal de locomotoras; y Clarihue, el tornero, lo narra mejor que nadie. Tal como ahora vamos a relatarlo, no puede compararse ni de lejos con su versión; pero tampoco pueden tener todos la suerte de escuchársela a Clarihue.

Una última palabra para asegurarnos de que toda la vía está libre, sin faroles rojos que nos intercepten el paso en ninguna parte, y ya llegaremos a Keating y Spirlaw: una palabra nada más, para explicar que Carleton, el gran Carleton, era entonces jefe de la Sección, y Tomás Regan, ese hombre de toscas palabrotas, vientre abultado y corazón

que rebosaba el pecho a fuerza de grande, era el jefe de mecánicos; Harvey, ingeniero seccional, y Spencer, jefe de movimiento, y Riley, jefe de trenes. ¡Buenos eran todos, ferroviarios como no los ha habido mejores en el mundo! Algunos, a los ojos de la gente, han acrecentado ahora su importancia y son jefes de redes férreas en vez de encargados de sección; y otros hay que ya no trabajarán más en ningún ferrocarril, y... Pero, vamos, la vía está libre por fin y nos largamos derechamente hasta el final.

* * *

Se trataba de rectificar la vía de acceso a este puente mixto de acero y madera, donde la línea férrea se destaca de las empinadas paredes rocosas de Old Baldy a un ángulo peligroso, para atravesar el río Coyote en la boca misma del tajo. Los planos exigían que allí se afeitase un poco la ladera; y como las barbas de las Montañas Rocosas no se parecen ni en lo más mínimo al bozo de ningún adolescente, este trabajo de alta peluquería requería principalmente el uso de la dinamita.

Fué así como Spirlaw, poniéndose al frente de una cuadrilla de treinta peones polacos, estableció allí su campamento y se dedicó de lleno a la tarea de construcción. Días más tarde se le incorporó el joven Keating.

Era Spirlaw un capataz de vías y obras, el más tosco de su especie. Físicamente, un gigante; y el establecer cuál de los tres era más recio: si su rostro, su puño o su lengua, sería una excelente ocasión para que los señores de sangre sportiva

hicieran apuestas de difícil solución. De lo que no había duda es de que, tomándolo en conjunto, Spirlaw era todo un señor hombrazo, bastante bruto, sí, señor, y no sería él, por cierto, quien lo negase.

Desde una buena distancia, los potentados de la Sección, como una concesión a sus conciencias cuando las ideas ultrahumanitarias llegaban a ponerse transitoriamente de moda, bombardeaban a Spirlaw con telegramas enérgicos de tono y espantosamente repletos de amenazas; pero de ahí no se pasaba. El informe de trabajo de Spirlaw, cualquier día que se quisiera y en cualquier tarea, desde tender un puente sobre una hendidura de la montaña hasta horadar un agujero en la durísima peña, no podía ser ni aproximado—ni mucho menos repetido—por ningún otro capataz; y quizá sea el Departamento de Construcciones de un ferrocarril donde se dé a las cifras más importancia que en cualquier otra oficina del mundo. Spirlaw usaba los telegramas conminatorios para encender su pipa.

Decir que los extremos se atraen no es más original ni menos antiguo que la frase con que encabezamos este relato. Por lo que se ha podido saber, Keating fué el único por quien el capataz de construcciones dió un leve indicio de preocuparse en algo. Y, sin embargo, superficialmente, no había nada de común entre los dos. Mientras uno era fino y educado, el otro era tosco; mientras uno era débil, el otro era fuerte. Keating era pequeñito, delgado, de rostro pálido, y sufría de una tos, de una tos persistente que le había obligado a dirigirse al Oeste con tal apresuramiento, que no pudo esperar siquiera el otro año que le habría permitido recibir su

G.D.H.S. - A.E.P.

Barcelona

diploma de ingeniero en la Universidad donde estudiaba, en el Este.

Cuando el muchacho—pues no era más que eso—bajó del tren en Big Cloud, y Carleton leyó la carta que traía de uno de los grandes magnates del Este, el jefe alzó un tanto sus cejas, miró a Keating de arriba abajo, y lo remitió a Spirlaw.

Más tarde, hablando Carleton del recién llegado con su buen amigo Regan:

—No sabía qué hacer con él, Tomás, viejo — le dijo—, pero tenía que tomar alguna medida, ¿no? Y con sólo mirarlo, cualquiera podía darse cuenta de que le era indispensable vivir a toda costa al aire libre. Se me ocurrió que como auxiliar de Spirlaw podría serle algo útil, ¿eh? Creo que aprenderá el trabajo en seguida. No veo que ese muchacho sea nada fuerte...

—Me parece que hiciste bien—respondió, riendo, el jefe de mecánicos—. Lo que es él no podrá pegar a ninguno de los peones. Para eso se basta y sobra un hombre: Spirlaw.

La noticia llegó a oídos de Spirlaw antes de que éste viese a Beating, y comenzó el hombretón a lanzar juramentos pavorosos, en una incesante andanada.

—¡Qué demonios! ¿Qué demonios se creen que soy yo?—protestó a gritos—. ¿Acaso el director de una escuela de párvulos, o el jefe de algún sanatorio al aire libre?

Sin embargo, al minuto de bajar Keating del tren local de carga, que detuvo su marcha expresamente par dejarle incorporarse al campamento, se modificó la situación. Sí, señor. Apenas el joven le estrechó la mano al capataz cambiaron las cosas,

y en cuanto a Spirlaw, no había sino Keating por aquí y Keating por allá.

¡Qué raras son las cosas en este mundo! Keating parecía el último hombre a quien se le habría de encontrar al lado de un capataz de puño de hierro, cuya lengua tenía más púas que un cerco de alambre; parecía el último a quien pudiera verse al frente de una cuadrilla de feroces peones extranjeros, tratados como esclavos y alejados de la civilización de las ciudades. A cualquiera se le ocurriría que era demasiado tranquilo, demasiado inadecuado, físicamente, para esa clase de tarea. El muchacho estaba lívido; se le iba la sangre mucho más rápidamente de lo que su organismo lograba reponerla. Pero su adiestramiento técnico le servía de mucho, y se hizo cargo de su trabajo dentro de sus limitaciones, como un veterano. Fué eso lo que, más que nada, le conquistó el afecto de Spirlaw. Keating hizo cuanto se le pidió y lo mejor que pudo; a veces un poquito más, también, aun a costa de quedarse dos o tres días en cama.

—Es un gran hombre—escribía Spirlaw al pie del informe que un día que había repartido amablemente entre despellejarse los nudillos contra la cabeza de un peón polaco y servirle hielo en trocitos a Keating, tendido, enfermo, en su camastro.

¿Hielo en pequeños trozos? No. No es que figurase el hielo, ni entero ni astillado, entre las provisiones del campamento; y, sin embargo, era la empresa la que lo proveía. ¡Vaya si lo proveía! Con un supremo desprecio por la Sección Movimiento y sus horarios y plantillas de trenes, Spirlaw hacía que se detuviera el Número Doce y le robaba al encargado del Pullman una buena parte del hielo

que venía en poder de ese caballero de color. Lo que parecía demostrar cierto aprecio de Spirlaw por Keating...

* * *

C. D. H. S. - A. E. P.

Barcelona

A las primeras semanas de instalado en el campamento, Keating no hallaba todavía gran cosa que hablar de sí, ni de ningún otro tema, si vamos a eso; pero, después de encariñarse algo más con Spirlaw pasaban el rato sentados a la puerta del galpón de los materiales. Keating llegó entonces hasta hablar con cierta animación.

—La verdad es que no veo por qué has estudiado ingeniería—le dijo Spirlaw una noche—. Esta es la vida más bárbara que se conoce, y tú...

—Ya lo sé, ya lo sé—dijo Keating, sonriendo—. Te crees que no soy lo bastante fuerte... ¡Pero sí con otro año aquí, en estas tierras del Oeste, me voy a sentir fuerte como un caballo!

—¡Claro que sí!—asintió Spirlaw, con apresuramiento—. Yo no quería decir eso precisamente...

Aspiró la pipa con fuerza. Spirlaw no sabía gran cosa de terapéutica; el arte en que estaba doctorado era el de picar la piedra con dinamita; pero en el fondo de su corazón no había la menor duda de que, efectivamente, se quedaría ese muchacho otro año más en el Oeste, y otro, y otro, y muchos más... Sólo que sería al otro lado de la Cumbre que se atraviesa una sola vez.

—Lo que quise decir—agregó—, es que no tienes por qué andar en estos trabajos. A juzgar por lo que me cuentas, tu gente tiene bastante dinero para per-

mitirte emprender el negocio que mejor te parezca, sin seguir esta vida de perros...

—Así es, Spirlaw. Es cierto que no estoy obligado a trabajar de este modo—respondió Keating, iluminándosele el rostro, mientras se aproximaba a Spirlaw, rozándole afectuosamente la manga con su mano—. Pero, amigo mío, esto es de lo más grandioso. ¿No me comprendes—Aquí, en estas montañas, el hombre hace algo, algo de veras, algo que quedará cuando él desaparezca. Aquí se construye, hombre, se construye. Y yo quiero ser un constructor... Un constructor de puentes, de caminos y cosas como esas, que perduran cuando uno haya muerto. Creo que es lo más que se puede decir de nosotros cuando nos llegue el momento: que se fué un constructor que dejó algo tras de sí... Querría que de mí lo pudiesen decir. De manera que cuando pase aquí otro año—y ya estoy mucho mejor que cuando vine—volveré a la Universidad para terminar mi carrera, y entonces, pues, ya sabes lo que quiero hacer, ¿no? Seguir, precisamente, esos trabajos... estos trabajos de perro...

Hubo infinidad de pequeñas conversaciones así, noche tras noche, y todas terminaban del mismo modo. Vaciaba Spirlaw su pipa de un golpecito contra una piedra o contra el tacón de su bota, y se dirigía lentamente a dar una última vuelta por el campamento y asegurarse de que todo se hallaba en orden, antes de retirarse a dormir.

Rudo y tosco era Spirlaw; pero bajo su cáscara brutal y fuerte había otro ser, otro ser que él mismo había desconocido hasta que llegó a tratar a Keating. Con asombro suyo, Spirlaw comenzó a llamarle «El constructor», y un día que Harvey llegó

al campamento en visita de inspección, se lo dijo el capataz al jefe; y fué así como se supo en Big Cloud.

Cuando Carleton lo oyó no dijo nada; sólo que apretó el tabaco de su pipa con su dedo índice y se puso a mirar fijamente a las agujas de cambio en las playas de acceso a la estación.

* * *

Había estado en la tarea de «dinamitar» el tajo durante unos dos meses cuando aparecieron los primeros síntomas de la dificultad obrera. Empezó el baile al parar sus tareas los obreros de los talleres de Big Cloud. Dejaron sus herramientas los caldereros y los herreros y ajustadores. El campamento de construcciones, es decir, su capataz Spirlaw, no tenía por qué preocuparse mucho de esto, por el sencillo motivo de que no había razón para que el pleito ese le afectase. En Construcciones todo andaba bien; que Regan se arreglase. Pero cuando el personal de los trenes se declaró en solidaridad con los huelguistas y comenzaron a llegar rumores sueltos de una que otra pelea entre huelguistas y funcionarios de Big Cloud, con la probabilidad de que fueran cada vez en aumento los alborotos, las cosas cobraron otro aspecto, pues los culpables de conatos de motines no eran los muchachos ferroviarios, sino los haraganes y los vagos del pueblo; éstos y el elemento extranjero; especialmente eso: el elemento extranjero, los hermanos y los primos de los polacos que con pico y pala trabajaban bajo la mano férrea de Spirlaw, su amo y señor momentáneo;

C.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona

esos peones extranjeros, tan salvajes, una vez enfurecidos, como si fueran pumas hambrientos.

Entonces la Confraternidad declaró la huelga y los maquinistas acompañaron en el paro a los empleados de los trenes. Las cosas empezaron a ir de mal en peor, y se vieron los jefes en graves aprietos para mover siquiera sus trenes. Ya no era sino una sombra del horario primitivo el que observaban los convoyes que pasaban por el tajo, y los rostros de los hombres que se asomaban al pasar en las locomotoras y los furgones eran totalmente desconocidos por la gente del campamento.

Aumentaba cada día el pesimismo de los informes de un extremo al otro de la línea; se hablaba de más motines, de nuevos desórdenes en Big Cloud; y con el fin de impedir en lo posible que la confusión se agravase, Carleton dirigió una orden general a todos los capataces de construcciones y de vías y obras para que bajo ningún pretexto permitiesen que el elemento extranjero abandonase sus respectivos campamentos, concentrándose en Big Cloud y engrosando así las filas de los que allí se hallaban ya en plena rebelión.

Spirlaw leyó la orden y su rostro se oscureció como una nube de tormenta. Entonces se la entregó, sin comentario, a Keating.

Keating la leyó y relejó, y también su rostro se puso serio.

—Parece que no andan demasiado bien las cosas por allá—musitó el joven.

Y agregó lentamente:

—Habría observado que nuestros hombres parecen estar un poco descontentos estos últimos días. No sé cómo pueden haberse enterado de lo que

ocurre. Ni siquiera nosotros estamos bien informados, si vamos a ver.

Spirlaw sonrió un tanto secamente.

—¿No lo sabes?—respondió—. Pues yo te lo diré. Anoche descubrí en el campamento a un peón polaco que no tenía por qué estar aquí, y por cierto que le abrí la cabeza por segunda vez, ¿te das cuenta? Solía trabajar a mis órdenes hace como un año; fué entonces cuando se la abrí por primera vez. Es uno de los agitadores que obedecen a cierta influencia. Se llama Kuryla. Vino acá para provocar dificultades, pero me parece que ahora, ahora lo siente... Sí; se me ocurre que sí... Que lo siente mucho...

—Esto es lo primero que sé de eso—dijo Keating, abriendo los ojos sorprendido.

—Es que tú estabas durmiendo—le explicó Spirlaw concisamente.

Keating miró con curiosidad al capataz durante un minuto, y contempló después otra vez la orden del jefe de la Sección, que todavía tenía en la mano.

—También dice Carleton que confía en que los capataces de construcciones proseguirán su trabajo siempre que puedan. Pero, ¿no te parece que hemos de tener aquí graves inconvenientes, eh? ¿Qué dices?

Como contestación, Spirlaw se echó a reír ruidosamente.

—Sí, hijo, sí. Creo que los tendremos. Y con sobrado motivo, esa es la verdad. Apenas se meta siquiera un poco de ruido, no habrá peores fieras que nuestros vecinitos de campamento. No me quieren, hijo, no me quieren; me temen, me temen, nada más, como por todos los santos es mi deseo que

me teman. Pero que se huelan por una vez que pueden llegar a dominarnos, y, ¡tanto gusto y hasta la vista!

—Bueno—dijo el joven—. ¿Y qué piensas hacer?

—¡Hum!...—contestó Spirlaw, reflexionando, mientras miraba atentamente a su auxiliar—. Es lo que he estado rumiando desde que sorprendí anoche a ese zorrino de Kuryla rondando por aquí. Hasta donde se me alcanza, el alboroto con que aquí se me regale dependerá de lo que esos perros lleguen a hacer en Big Cloud. Si eso lo supiera, sabría a ciencia cierta a qué atenerme. ¿Eh? ¿No te parece? Pues creo que te voy a enviar a Carleton por un día. Conversarás con él, le explicarás cómo estamos situados, y, en fin, te darás cuenta del estado general de las cosas. ¿Qué te parece?

—Claro está que muy bien, si es eso lo que deseas—convino prontamente el otro.

—Eso es, eso es—dijo Spirlaw alegremente—. El Número Doce ha de pasar dentro de un minuto. Lo voy a hacer parar, y puedes irte preparando ahora mismo. Te daré una carta para Carleton.

* * *

G.D.H.S. - A.E.F.

Barcelona

Cuando Keating se dió vuelta rápidamente, para cumplir su encargo, mientras asentía con la cabeza a las instrucciones del capataz, Spirlaw se quedó mirándolo ir hasta perderlo de vista, y un comienzo de sonrisa asomó a los labios gruesos de aquel hombre tosco y feroz. Sacó Spirlaw de su bolsillo una hoja de informes y a su respaldo redactó, no sin cierto trabajo, una carta dirigida al jefe de la Sec-

ción Serrana. No era una epístola que se pudiera llamar muy larga, ni aun incluyendo la postdata, que era interesante.

«Señor jefe, Bip Cloud—decía la carta—. Muy señor mío: Contestando a su atenta del 8 del corriente, sírvase enviarme un par de buenos 44 y bastante relleno. (Eso de «bastante relleno» estaba fuertemente subrayado—. S. s. s.—H. Spirlaw.

»Posdata: No deje que el muchacho vuelva, pues las cosas están que arden.» (Esta posdata estaba más fuertemente subrayada todavía que lo otro.)

Buen conocedor era Spirlaw del carácter de los hombres y de los peones extranjeros que tenía en su cuadrilla. No. Spirlaw no pensaba en la posibilidad de que sobreviniese un conflicto; ¡ estaba seguro de ello! Lo único que todavía dudaba era el tiempo que había de tardar en producirse.

Dobó el capataz la carta, la cerró en uno de los sobres de la empresa, y cuando, a su tiempo, vió el Número Doce desaparecer detrás de la curva, con Keating a bordo, rumbo a Big Cloud, extendió los brazos, grandes como montantes de guinche, y, al acordarse de su epístola, que reposaba en el bolsillo del pecho del auxiliar, respiró con fuerza, como quien se ve libre de un fuerte peso.

—Quien pega primero—se dijo Spirlaw, mientras alejaba lentamente—pega dos veces, y generalmente, es quien gana...

* * *

El campamento se hallaba esa noche muy tranquilo. Había más silencio que nunca. El galponcito

del cocinero y los tres dormitorios de los peones, a un centenar de metros al Este del viaducto, podrían haber estado vacíos si hubiera habido que juzgar por el ruido que se advertía, o más bien, que no se advertía.

Ocasionalmente, Spirlaw, sentado como de costumbre delante del galpón de los materiales, situado entre el viaducto y los alojamientos de la peonada, veía pasar a un obrero o dos, como agazapados, de uno al otro de los dormitorios, y fruncía ferozmente el ceño mientras repartía su atención entre ellos y el cielo lejano. Parecía que se aglomerase una tormenta en las montañas. Al acostarse esa noche Spirlaw lo hizo acompañado del redoble bajo y amenazador del trueno distante.

Una vez, a media noche, le despertó de improviso un estampido ensordecedor, y una vez, dos, tres, como el lanzazo fiero de una llamarada, el relámpago iluminó el galpón como si fuera de día, mientras caía constantemente la lluvia sobre el techo como el redoble de todo un enérgico cuerpo de tambores. Spirlaw sonrió secamente cuando la obscuridad le envolvió de nuevo.

—Me saqué de encima al pequeño constructor justamente a tiempo—se dijo a sí mismo; y, dándose vuelta en el camastro, se puso a dormir de nuevo; pero, aun entre sueños, seguía jugando en sus labios esa sonrisa enigmática y socarrona.

Amaneció sin que amainase la fuerte lluvia. Todo estaba empapado y no había caso de trabajar. Spirlaw tomó su parco desayuno, que le trajo el cocinero, y entonces, poniéndose la ropa de agua y unas grandes botas de goma, salió en dirección a la vía. El Número Once llegaría al tajo a las siete y

A.D.R.S. - A.E.F.

Biblioteca

treinta y le traería el paquete de «ferretería» que le había pedido a Carleton.

Pero, aunque llegaron las siete y media, no se vió ni sombra del Número Once, ni de ningún otro tren, ni hacia el Este ni hacia el Oeste. Fueron pasando las horas de una mañana larguísima; se prolongaron durante una tarde más interminable aún. Era evidente que algo había pasado, y algo nada bonito... Y el rostro de Spirlaw estaba más nublado que la misma tormenta.

Sólo hacia las ocho de la noche, cuando ya se terminaba la semiclaridad del crepúsculo, se oyó el ronco silbato a través del tajo, un silbido largo y tres cortos. Era el atrasadísimo Número Once que llamaba al campamento. No podría detenerse, sino apenas aminorar la marcha para entregar su encargo. Spirlaw, que en ese momento se hallaba en su galpón, agarró el sombrero, salió afuera de un brinco y se dirigió a toda carrera hacia el recodo de la vía. Pudo ver, al hacerlo, con el rabillo del ojo, a los peones que asomaban sus cabezas por las puertas abiertas de los dormitorios.

Llegaba el capataz a la vía cuando el Número Once daba vuelta a la curva y se abría la puerta del furgón. El encargado le tiró un paquete que el capataz recogió al vuelo con una sonrisa fría, y le dijo a éste unas palabras que llenaron de asombro a Spirlaw, haciendo que abriese la boca desmesuradamente; y del último coche, mientras el convoy desfilaba lentamente, se dejó caer Keating.

El muchacho parecía más pálido y tembloroso que de costumbre. ¡Mucho más!

Spirlaw se estremeció como si hubiera visto a un muerto. Durante un minuto le miró en silencio;

pero cuando llegó a articular las primeras palabras, salieron todas de una vez, como la corriente incontinente de lava del cráter de un volcán.

—¿Qué diablos quiere decir esto?—rugió Spirlaw, entre una verdadera pirotecnia de juramentos—. ¿Quién es el pedazo de... imbécil que te dejó salir de Big Cloud? ¿Quién es ese... animal? ¡Yo le voy a...!

—Vamos, vamos, salgamos de lo mojado—le interrumpió el joven, sonriendo a través de un acceso de tos que en ese momento casi le hacía doblar en dos—. Ya podrás gruñir y gritar luego hasta que se te acaben las ganas, si eso te agrada.

Y, diciendo esto, corrió a todo lo que daba hacia el galponcito de Spirlaw.

Una vez dentro, Spirlaw se dió nuevamente vuelta hacia el joven Keating, y, andanada tras andanada, sólo dejó de gritar cuando le faltó el aliento.

—Pero, ¿no te dijo Carleton que te quedases donde estabas?—terminó diciendo con amargura.

—¡Oh, sí! Fué lo primerito que, efectivamente, me dijo después de leer tu carta, cuando se la entregué ayer, apenas llegado a Big Cloud. Entonces me di cuenta del motivo que tuviste para alejarme del campamento. Eres un buen hombre Spirlaw, tan bueno como hay pocos. No le vayas a echar la culpa a Carleton; tiene demasiadas cosas en que pensar para estar cuidándome también a mí. ¿Has sabido algo de los sucesos?

Spirlaw sacudió la cabeza negativamente.

—No; pero supe que ocurrió algo, puesto que el Número Once es el primer tren que ha pasado por aquí hoy, y ya ves a qué hora. Me acaba de decir el encargado del furgón que la gente está

toda amotinada en Big Cloud y que los huelguistas arrasaron cuanto tuvieron a su alcance. Me parece, sin embargo, que algo exageraría.

—¡Nada! ¡No exageró en lo más mínimo! —respondió Keating lentamente—. ¡Dios mío, Spirlaw, qué noche terrible! Los revoltosos se lanzaron sobre el depósito de cargas, los talleres y los galpones de máquinas. Todo lo destruyeron. Cortaron primeramente todos los cables de la luz y los teléfonos y entonces se entregaron a una orgía de destrucción. Eran los peones extranjeros y sus amigos, ¿sabes? Hicieron destrozos espantosos. Los muertos son ya más de doce.

Se detuvo Keating de repente y empezó otra vez a toser.

Spirlaw miró con cierta intranquilidad al muchacho y comenzó a desatar el paquete, jugando como distraídamente con los cordelillos que lo ataban. Cuando, retirada la última envoltura, quedaron a la vista los dos revólveres 44 y la media docena de cajas de cartuchos, el paroxismo de Keating ya se había desvanecido.

—Como quiera que sea—dijo el joven riendo—aquello fué bastante rudo para mis pobres nervios.

Keating se esforzaba visiblemente por que su risa sonase a sincera.

—Todavía me duelen un poco los riñones como consecuencia de la impresión.

—Si no estuvieras ya enfermo — le respondió Spirlaw con violencia—te haría enfermar yo ahora de un golpe. ¡Haberte vuelto a venir! ¡Testarudo! ¡Demasiado bien sabes que ahora nos toca a nosotros! ¡Y tan bien como lo sabes! ¡Si es por eso que te has vuelto! ¡Para darme una mano!

—Mira, mira—le interrumpió Keating con animación—. Carleton no exige ya el cumplimiento de esa orden, ni a tí ni a nadie. No están las cosas como para eso. El mismo me lo dijo anoche; y, aunque estaba medio enloquecido con la pérdida de tantas instalaciones, de tantas cosas y de tantas vidas, me lo dijo expresamente. Sí, señor. Me lo dijo: «Espero que Spirlaw levante su carpa y cambie de aire si las cosas le van mal.»

—¡Que cambie de aire!—gritó Spirlaw con un rugido feroz—. ¡Que levante mi carpa! ¡No! ¡Ni por todos los peones polacos, o rumanos, o chinos, o norteamericanos del mundo!

—Me parece que sería lo mejor—dijo Keating suavemente—. Después de lo que he visto anoche me parece que sería lo mejor... Tú mismo me has dicho que toda esta gente sólo necesitaba un poquito de aliento para clavarle las uñas. Quizá te hayan tenido miedo hasta ahora, pero, bien lo sabes, te odian más que al veneno. Una vez que empiecen van a resultar mucho peores que la gente de Big Cloud. El odio es peor consejero aún que el whisky. Y, además, hombre, me parece, ¡de veras!, que le serías mucho más útil a Carleton en Big Cloud. Aquí estás solo. No tienes nada que perder al irte y sí mucho que ganar. Me gustaría que te fueras de aquí, Spirlaw, de veras... ¿Por qué no lo haces?

Spirlaw extendió el brazo derecho y puso la mano en el hombro de Keating, moviendo la cabeza en lenta negativa.

—Tengo mucho que perder—respondió, mientras suavizaba un tanto las facciones de su rostro duro—. Mucho. No sé expresarme como lo haces tú, pero me parece que me has de entender. Hay algo que

a ti te significa mucho, algo por lo cual lo arriesgarías todo; eso que quieres hacer, eso que quieres dejar tras de ti cuando llegue el momento de ajustar las últimas cuentas. Pues, créeme, todos tenemos algo parecido en nuestro ánimo, aunque quizá sin la importancia de la obra que te propones. Antes me iría al otro mundo que levantar mi carpa. ¡Preferiría que me matasen! ¿Tú crees, acaso, que quiero vivir para atravesar siempre la calle cuando me encuentre con un peón extranjero, sin atreverme a sostenerle la mirada? ¿Morir? ¡Más vale morir! ¿No me comprendes?

Keating no respondió durante un momento, luego, llegando evidentemente a la conclusión de que era inútil proseguir la discusión, señaló los revólveres.

—Entonces cuanto más pronto los carguemos mejor—dijo secamente.

Spirlaw lo miró con curiosidad, interrogativamente.

—Porque—siguió diciendo Keating, en respuesta a esa pregunta no formulada—cuando bajé del tren, pude ver a ese tipo Kuryla—me lo hicieron conocer ayer en los motines de Big Cloud—que bajaba con otros tres o cuatro obreros por el lado apuesto del convoy. Hasta entonces no supe, como es natural, que estaba en el tren, o le habría hecho arrojar a la vía. Creo que sabrás lo que busca por aquí, ¿no es cierto?

—¡Ajá! Con que esas tenemos, ¿eh?—dijo Spirlaw con un juramento—. No; no me cabe duda.

Apoderándose de una caja de cartuchos, rasgó la banda de papel con una uña y empezó a introducir las balas en los cilindros de los revólveres. No pro-

nunció ni una palabra más. Cuando terminó la tarea se metió las armas en los bolsillos y luego miró a Keating con un aire de resolución.

—Ha pasado un tren; pues pasará otro—dijo en tono de mando—. Y en el primero que llegue, te vas a ir, ¿sabes? Lamento que hayan de esperar un rato esos perros, pero...

—No he de tomar ningún tren—le interrumpió fríamente Keating—, pero sí un revólver.

Spirlaw gruñó y sacudió la cabeza.

—¿Por qué no me contaste antes lo de Kuryla?—le preguntó con brusquedad.

—Lo sabes tan bien como yo—dijo Keating—. Quería alejarte de aquí, si podía, y si hubiera empezado por decirte eso, ¿qué esperanza? Ni una locomotora te habría arrancado de aquí a remolque. ¡Si te conozco! ¡Eres un testarudo! Y en cuanto a un tren que pase por aquí, ¿para qué hablar de eso? Probablemente, no vendrá ninguno en muchas horas. Y, entretanto, dame uno de los revólveres.

—¡Cualquier día!

Pero la negativa de Spirlaw no pasó de sus labios; y sacando las armas, entregó una rápidamente a Keating.

Es que, traído por el viento, llegaba el ruido de muchas voces alzadas en confuso griterío y cantos desafinados, y ese alboroto se aumentaba, se ampliaba, se fundía en un solo aullido de desafío, en un falsete combinado de veintenas de voces.

—Whiskey...—se dijo Spirlaw entre dientes—. Ese demonio de Kuryla y las bestias que vinieron con él sabían que era ese el medio mejor y más rápido de principiar el lío. ¡Pues, hijo!... Ya no hay duda. Llegó el momento. Lo único que siento

es que estés aquí, pero, ¿qué le vamos a hacer? Ya no se puede remediar. Eres todo un hombre, Keating, todo un hombre... ¡Por vida del cielo, escucha eso!

Resonó otro aullido con furia increíble, sobreponiéndose al mismo rugido de la tormenta.

Spirlaw llegó a la puerta y se asomó. Iba ya obscureciendo rápidamente. La lluvia seguía cayendo a cántaros y el viento aullaba en la cañada con furiosos gritos espasmódicos, salvajes. Aparecían endebles rayos de luz por las rendijas de los galpones-dormitorios y se podían ver, perfilados en torno a las puertas, grupos siniestros de peones embriagados. Un momento más y las diversas agrupaciones de sombras se mezclaron en una sola masa oscura. Un grito enloquecido, henchido de rabia, estalló en una sola garganta, hediendo el aire. Aumentado en cada eco sucesivo, le respondió una veintena de voces, y la masa oscura y amenazante comenzó a moverse.

—Creo que conviene que apagues la luz, hijo mío — dijo Spirlaw fríamente desde la puerta—. ¿Para qué ofrecer un blanco a esos señores?

Antes de que pudiese terminar la frase, sin que Keating hubiese podido dar ni el primer paso adelante, un pedazo de roca hizo añicos la pequeña ventana y se estrelló contra el farol, apagándolo para siempre. Un aullido colectivo saludó a esta prueba de puntería; y acto seguido una descarga cerrada de piedras llovió sobre la pared del galpón, sonando como granizo. Después se oyó el retumbar de muchas pisadas.

El revólver de Spirlaw rasgó la obscuridad con una llamarada larga y cegadora, seguida de otra y de

otra más. Gritos, quejas y chillidos le respondieron, pero los disparos del capataz no detuvieron a los peones. Empujándose unos a los otros, codeándose, todos cargaron en dirección a la puerta. De un salto, Spirlaw trató de entrar nuevamente, intentando cerrar tras de sí; pero media docena de manos se apoderaron de la puerta y medio la arrancaron de sus goznes.

—¡Al suelo, Spirlaw, pronto. ¡Tiéndete!

Era la voz de Keating, punteada por la tos. Un segundo después se oyó el estampido de un revólver, disparado rápidamente a través de la puerta. Desde el suelo, el capataz apoyó con su fuego los tiros del joven. Los huelguistas se detuvieron, permanecieron vacilantes un momento en una y otra dirección, y huyeron por fin a plena carrera, empujándose unos a otros para escaparse de la línea de fuego.

—¡Hurra!—gritó Keating—. Me parece que con eso ya tendrán bastante.

—No hemos empezado siquiera—comentó Spirlaw gravemente—. ¿Dónde quedaron esos cartuchos de repuesto?

—En la mesa. ¿Los tienes ya?

—Sí—dijo Spirlaw, después de rebuscar un momento—. Toma. Ponte una caja en el bolsillo.

—Y ahora, ¿qué hacen? — preguntó Keating, mientras, en el silencio, ambos cargaban de nuevo sus armas y escuchaban, ansiosos, los ruidos del campamento.

—Sólo Dios lo sabe—gruñó Spirlaw—, pero me parece que ya nos enteraremos más pronto de lo que sería de desear.

No había terminado de hablar cuando a poca dis-

tancia se oyó el crujido de un maderamen que se astillaba; y volvió a reinar el silencio.

—Es el depósito—dijo Spirlaw, enseñando los dientes en la obscuridad—. Van allá en busca de piquetas, o de cualesquier otras cosas que les puedan servir de armas. Creo que no contaban con que tuviésemos para defendernos otra cosa que los puños.

Una tos fué la única contestación de Keating. Tosía esa noche el joven estudiante mucho más que de costumbre. Las veinticuatro horas de trabajo y de emoción no habían dejado de hacer sus estragos en su débil constitución física.

Pasaron los minutos... Dos, tres, cinco. Se oyó afuera en una ocasión algo que semejaba la pisada cautelosa de varias personas; pero, ¡muy bien podía ser uno, de los raros mugidos del viento, mal interpretado por la imaginación, sobreexcitada por el asedio. Después, del lado del cauce, se oyó un terrible estruendo, imprevisto, ensordecedor.

—¡Dios mío!—aulló Spirlaw—. ¡Es el viaducto, que se fué! ¡Lo han volado! ¡Es seguro que también habrán puesto aquí un cartucho! ¡Vamos! ¡Fuera de aquí, a la carrera! ¡Imbécil que soy! ¡Bien pude haberlo adivinado! ¡Qué piquetas, ni piquetas! ¡Dinamita! ¡La dinamita era lo que buscaban!

No habría terminado de hablar cuando los dos hombres corrían hacia la puerta. Apenas si llegaron a salir a tiempo. El piso se levantó atrás mismo de ellos y osciló con violencia; las paredes y el techo del galpón se sintieron como izados por una fuerza invisible, se agrietaron como cáscaras de huevo oprimidas, saltando en una lluvia de pequeños trozos de metal, en todas direcciones, y tras la potente y en-

sondecadora detonación se fueron sucediendo los ecos al Norte y al Sur de la cañada.

Los revoltosos allí apostados los vieron salir a la carrera. Burlados momentáneamente en sus propósitos homicidas, comenzaron a gritar, llenos de rabia, e iniciaron acto seguido la persecución.

—¡Córrete hacia atrás del tajo! ¡Allá podremos defendernos detrás de las peñas!—gritó Spirlaw.

Keating no tenía aliento para responder. Ya enfermo, se había sentido golpeado por un trozo del muro del galpón, que le robó las pocas fuerzas que le quedaban, y jadeante, víctima de constantes vértigos, con un feo cuajarón de sangre en los labios, seguía trabajosamente a la zaga del vigoroso capataz, mientras que detrás de ellos, cada vez más cerca, resonaban en sus oídos las voces de los peones. El suelo era resbaladizo y traicionero, desigual. Utilizando sus últimas reservas de energía, Keating se obligaba a sí mismo a correr. Los peones le alcanzaban, a pesar de sus esfuerzos. Era cuestión ya de metros.

De repente Spirlaw resbaló contra una piedra suelta y cayó de bruces; y Keating, poco detrás de él, tropezó con el cuerpo del capataz y, sin poder recuperar a tiempo el equilibrio, cayó a través de él cuan largo era.

Enfurecidos como bestias, los peones los alcanzaron, gritando roncamente.

Keating trató de levantarse, pero apenas había llegado a ponerse de rodillas cuando un golpe de refilón dado con un mango de pico, le abrió la cabeza. Aturdido, el joven cayó de espaldas, y al perder el conocimiento, su última impresión fué la de oír la gruesa voz de Spirlaw que rugía como un toro

enbravecido, y vió a la forma del gigantesco capataz erguirse, mientras que al parecer, una docena de peones, en un monstruoso racimo humano, se aferraba a su cuello y sus hombros, a sus piernas y a su cuerpo. Le vió sacudirse libre de ellos y observó cómo los brazos fortísimos de Spirlaw se alzaban y caían, se alzaban y caían... Todo se convirtió en un borrón inmenso, en una impenetrable oscuridad.

* * *

El capataz se hallaba tendido a un metro de distancia, cuando Keating abrió los ojos. El joven se hallaba muy débil. Con gran esfuerzo se alzó sobre un hombro. Allá, en el campamento, pudo ver las luces en los alojamientos de los peones y oír raros gritos de embriaguez, coros infernales de aullidos triunfantes. Se arrastró pensosamente hasta Spirlaw, le llamó, le sacudió, y el capataz ni se movió. Era evidente que los peones los habían abandonado por muertos a los dos, y a lo que parecía, uno de ellos lo estaba de veras. Keating introdujo su mano en el chaleco de su amigo, buscando las palpitations del corazón. Tan débiles eran al principio que no las podía advertir; pero por fin se dió cuenta de que el capataz vivía, y entonces, con un gruñido, Keating se enderezó y miró desesperadamente en torno suyo; y como un relámpago, como el lúgubre sonido de una campana que señalara el Juicio Final, recordó las palabras de Spirlaw: «¡Ahí se fué el viaducto!»

El joven estaba turbido, mareado; sus pulmones se asfixiaban; sentía náuseas; sus músculos se es-

tremecían, debilitados por el golpe sufrido en la cabeza, y su cerebro se hallaba todavía próximo a la inconsciencia.

—«¡Ahí se fué el viaducto!»

La frase salió entre toses, de sus labios azulados.

El desvío de Keefer quedaba a tres kilómetros de distancia. Había que llegar hasta allí como fuese, de un modo o de otro. Había que transmitir la voz de que «el viaducto se había ido» antes de que el primer tren del Este o del Oeste, se precipitase a la destrucción y a la muerte al fondo del tajo. Keating se acercó con gran trabajo al oído de Spirlaw y le llamó frenéticamente hasta tres veces.

—¡ Spirlaw ! ¡ Spirlaw ! ¡ Spirlaw !

No hubo contestación.

Trató de levantarle; intentó arrastrarle, pero el peso era muy superior a lo que le permitían sus fuerzas quebrantadas. Y transcurrían los minutos, señalando cada uno el momento en que fuese quizá demasiado tarde... demasiado tarde para prevenir ya a nadie que el viaducto se había ido.

Frente mismo a él, a unos veinte metros apenas del lugar en que las vías provisionales salían de la recta de la línea principal, se hallaba la vagoneta de propulsión a mano, que se utilizaba para el transporte de las herramientas y los suministros del depósito a las obras. ¡ Si sólo pudiese llevar a Spirlaw hasta allí !

Le llamó de nuevo, le sacudió, y se oyó entre sus labios el murmullo de un rezo. El capataz se movió... Se alzó un poquito, dejándose caer nuevamente, con un gruñido.

—¡ Spirlaw ! ¡ Spirlaw , por Dios, hombre ! ¡ Tra-

C.D.H.S. - A.E.T.

Barcelona

ta de levantarte! ¡Yo te ayudaré! ¡Es preciso! ¿Lo oyes? ¡Es preciso!

Y Keating se puso a tirar del cuello al capataz.

Pareció llegar, por fin, a la conciencia del otro la voz de Keating, porque débil, atontado, sin sentido, ciegamente, Spirlaw se incorporó de rodillas y, vacilante, oscilando como un borracho, con su brazo alrededor del cuello del joven, casi aplastando a éste con su peso, trató de moverse hacia adelante. Los dos tropezaron, a cual más mareado, cayeron y, por último, se arrastraron esos veinte metros.

—¡La vagoneta, Spirlaw, la vagoneta! — dijo Keating roncamente—. ¡Arriba! ¡Súbete! ¡Súbete! ¡Es preciso! ¡Prueba! ¡Prueba!

Spirlaw se enderezó, se dejó caer hacia adelante y quedó medio tendido a través de la vagoneta, con los brazos ampliamente abiertos, otra vez inconsciente.

* * *

No se sabe cómo, pero Keating logró cargar sobre la vagoneta el resto del cuerpo de su amigo, de modo que las piernas colgantes quedaban libres del suelo en unos doce o quince centímetros. Entonces, con los pulmones que estallaban materialmente ante el esfuerzo, con su vida misma gastada por tanto derroche de su escasa energía, soltó Keating los frenos, empujó a la vagoneta por el pequeño desvío, forzó el cambio de aguja, e izándose con mucha dificultad a bordo, empezó a impulsar el vehículo hacia el Este, en dirección al desvío de Keefer.

Nadie podrá jamás contar los detalles de esos

tres kilómetros. Cada metro del camino quedó señalado por la sangre que surgía de entre esos labios semiabiertos y temblorosos. Nadie podrá indagar cómo vino la fuerza que así se adueñó del cuerpo débil, tan carente en absoluto de toda vitalidad, y que en forma tan extraña resistía, ni explicarse la sobrenatural consistencia de esos pulmones quebrantados, que habrían sucumbido mucho antes con un esfuerzo infinitamente menor. Demasiado bien sabía el mismo Keating que sus sueños habían llegado al fin, que con cada movimiento del manubrio de impulsión su plazo de vida era más breve. ¿Construir? ¿Dejar una obra tras de sí? Los pocos minutos necesarios para llegar hasta el fin... Eso era lo único que le preocupaba.

¡Por fin! Ya se asfixiaba con la misma sangre que pugnaba por salir en cantidad cada vez mayor... Defendía, angustiado, su conocimiento... Trataba de alejar de sí el último mareo, cuando, como puntitas brillantes que bailoteaban, vio las luces del cambio. Frenó la vagoneta, se dejó caer al suelo, intentó incorporarse, y cayó de nuevo. Y entonces, sobre las manos y las rodillas, se arrastró hasta la puerta de la estación y golpeó con su última fuerza contra la madera.

La puerta se abrió, brilló la luz de una linterna, y Keating rodó adentro, arrojando sangre por boca y narices.

—Se ha ido el viaducto... Paren los trenes en ambas direcciones... Los peones extranjeros... Spirlaw está en la vagoneta... Yo...

Y eso fué todo.

Jamás pronunció Kating otra palabra.

* * *

—Yo no sé si usted le llamaría un «constructor», como él quería ser—dice ahora Clarihue, el tornero, cuando cuenta el relato en el obscuro galpón de las locomotoras, junto a los grandes pozos circulares, a la sombra de las enormes máquinas de diez ruedas, mientras el vapor ronronea suavemente en las válvulas, lanzando a veces abruptamente ruidos como sollozos. No me parece que se le podría muy bien llamar nada de eso. ¡Pobre «constructor»! Pero, bien mirado, señor, depende de cómo usted lo considere. Según él, lo era. Y, ¡la verdad!, algo dejó tras de sí que perdura. ¿No es cierto, señor?

FIN

~~~~~

En el próximo número publicaremos:

**EL DESERTOR**

~~~~~

D.H.S.
Bor

D.P.

